

Obituarios a destiempo

Su propia destrucción

Sealtiel Alatraste

30 de noviembre de 1900: *Oscar Wilde fallece de meningitis en el Hôtel d'Alsace, en París, y fue enterrado en el cementerio de Père Lachaise.*

El pequeño Hôtel d'Alsace se encuentra en una calle solitaria del Barrio Latino de París. Después de pasar tres años en prisión, Oscar Wilde salió de Londres para refugiarse ahí. Es probable que lo hubiera conocido en su viaje de 1883, cuando era una luminaria del mundo literario. Quizás el dueño estaba impresionado porque la divina Sara Bernhardt estrenó la única obra que Wilde escribió en francés, *Salomé*, el caso es que, arruinado económica y socialmente, Wilde trató de recuperar su estima en este hotel bajo el nombre falso de Sebastian Melmoth. No es extraño que habiendo perdido amigos y todo su dinero, el autor irlandés ocupara la misma habitación hasta que la muerte vino a su encuentro. Según el informe médico, el final sobrevino porque una infección del oído degeneró en meningitis; pero según las malas lenguas porque una afección venérea había minado su organismo. En cualquier caso, su leyenda asegura que bebiendo una copa de champaña dijo su última ironía: “Muero por encima de mis posibilidades”. Bien lo sabía el director del hotel que le había dado cobijo, pues le perdonó una deuda de 2,643.40 francos (de los de 1900) y mandó poner una placa que recuerda al autor de *El retrato de Dorian Gray*. La placa sigue allí, así como la que conmemora a Jorge Luis Borges, que en sus visitas a París no se alojaba en un hotel que no fuese éste. Lo que sí ha cambiado es el propio hotel. Wilde o Borges lo reconocerían por su aspecto, pero si preguntasen por él muy pocos lo conocerían como el Hôtel d'Alsace: ahora es sencillamente L'Hôtel.

Quizá por el influjo que Wilde ejerce sobre mí, cuando he pasado frente al hotel

no puedo dejar de preguntarme por qué tuvo la mala fortuna de morir de esa forma. El autor de frases tan célebres sobre el amor —*Cualquier hombre puede llegar a ser feliz con una mujer con tal de que no la ame*— sucumbió a la ignorancia afectiva cuando conoció a Bosie, Lord Alfred Douglas, quien le hizo pasar literalmente las de Caín. “Descubrir con precisión lo que no ha sucedido ni va a suceder es el privilegio inapreciable de todo hombre culto y de talento”, había dicho una vez, de la misma manera que cuando André Gide alababa sus obras, contestó que había puesto su genio en su vida, pero que en sus obras sólo su talento. Sin embargo, cuando llegó la hora de demostrarlo, el amor que denostaba, la pasión por la que despreciaba a los hombres, también lo perdió.

Para muchos estudiosos, la búsqueda de su propia destrucción es evidente en sus textos. Oscar Wilde siempre hizo gala de un carácter excéntrico, llevaba el pelo largo y vestía pantalones de montar de terciopelo; su habitación estaba repleta de objetos de arte y elementos decorativos, como girasoles, plumas de pavorreal y porcelanas chinas, que irritaban a sus visitantes. Sus actitudes y modales fueron repetidamente ridiculizados en la publicación satírica *Punch*, y en la ópera cómica de Gilbert y Sullivan *Paciencia*, pero a él no le importaba que hablaran mal de él pues era preferible a que lo ignoraran. Su nombre completo era Oscar Fingal O' Flahertie Wills Wilde, nació el 16 de octubre de 1854 en Dublín. Hijo de un célebre cirujano irlandés y de una madre escritora, cursó estudios en el famoso Trinity College, de donde salieron casi todos los genios de la Irlanda literaria. En su juventud participó en las reuniones literarias que organizaba su madre, quien, como había deseado ansiosamente tener una niña, al ver

que había parido un niño, lo vistió de niña durante sus primeros años. Sin duda esto y la educación recibida por parte de ella, marcarían la personalidad del joven Wilde, pero no explican esa tentación por la auto-destrucción que marcaría su vida.

Wilde fue introducido al mundo homosexual por Robert Ross, con quien empezó su afición por jovencitos de clase baja, hasta que se enamoró de un joven aristócrata escocés conocido como Bosie. En 1884 Wilde acostumbraba visitar el estudio del artista Basil Ward, uno de cuyos modelos era un joven de una extraordinaria belleza. Un día cuando el artista terminó el retrato del joven y éste se había marchado, Wilde exclamó: “Es una lástima que una criatura tan gloriosa deba hacerse vieja. Qué maravilloso sería si él pudiera permanecer joven para siempre, mientras el retrato envejece en su lugar”. Esto no sólo inspiró a Wilde a escribir la que sería su única novela, *El Retrato de Dorian Gray*, sino que fue el motor que guiaba su pasión por Lord Alfred Douglas.

Oscar Wilde estuvo envuelto en tres juicios que comenzaron el 18 de febrero de 1895 (a cuatro días del estreno de *La importancia de llamarse Ernesto*) después de que demandara al padre de Bosie, el marqués de Queensberry, por haberlo acusado públicamente de sodomita. El marqués (noble escocés cuyo mayor logro había sido desartillar y promover reglas para el boxeo *amateur*) fue arrestado el 1º de marzo, pero su abogado defensor halló personas que podían testificar la conducta desviada de Wilde y fue liberado. Las evidencias que demostraban que Wilde tenía comportamiento homosexual lo llevaron a un nuevo juicio, por el que habría de ser condenado. En él fueron presentados dos poemas escritos por Alfred Douglas, que se referían a un *amor no natu-*

ral. Todo fue negado por Wilde, por lo que se le dio la oportunidad de explicar el significado del críptico verso: “El amor que no se atreve a decir su nombre, en este país, es como el afecto de un viejo a un joven, así como fue el amor entre David y Jonathan y tal como lo pueden encontrar en los sonetos de Miguel Ángel o Shakespeare. Este profundo y espiritual afecto es tan puro que es perfecto..., es hermoso, es delicado, es la forma más noble de afecto. No hay nada sobrenatural en esto y, repito, existe entre un hombre mayor y uno joven, donde el mayor tiene el intelecto y el joven tiene toda la energía, esperanza y *glamour* de la vida por delante. Esto debe ser así y el mundo no lo entiende.”

Old Bailey, el juzgado principal de Londres, nunca había presenciado un espectáculo como el de los tres procesos que cautivaron a Inglaterra y a gran parte del mundo literario en la primavera de 1895.

Según Douglas O. Linder, desde el primer proceso, Wilde dejó al descubierto su faceta autodestructiva. Antes de presentar su demanda contra el marqués, había consultado al abogado Travers Humphreys, quien le preguntó directamente si había algo de cierto en las alegaciones de Queensberry Wilde lo negó. Fue cuando Humphreys pidió una orden de arresto por difamación y le pidió a Edward Clarke, una destacada figura en los tribunales londinenses, que llevara el caso del famoso escritor. Antes de aceptar, Clarke dijo a Wilde, “Yo sólo puedo aceptar, señor Wilde, si usted me da su palabra de honor que no hay, y nunca hubo, ningún fundamento en los cargos que se le han hecho”. Wilde contestó que los cargos eran “absolutamente falsos e infundados”.

Durante el juicio, Carson, abogado del marqués de Queensberry, interrogó a Wilde acerca de sus relaciones con chicos jóvenes. El jurado parecía asombrado cuando Car-

son aportó pruebas, desde elegante ropa a bastones de empuñadura de plata que Wilde admitió regalaba a sus compañeros. Los destinatarios de los obsequios no eran, en palabras de Carson, *intelectuales*, sino repartidores de periódicos o ayudantes de cámara. Wilde intentó explicarlo: “No reconozco distinciones sociales de ningún tipo, y para mí la juventud, el mero hecho de ser joven, es tan maravilloso que antes hablaría media hora con un joven ignorante, a sentirme bien siendo interrogado en un juzgado por un viejo inteligente”. Después de esta respuesta, Carson preguntó sobre un joven de dieciséis años llamado Walter Grainger. Wilde aceptó que lo conocía. “¿Lo besó?”, preguntó el abogado. Wilde lo negó, y pronunció la frase que lo condenaría. Según algunos testimonios se limitó a decir: “No era de mi tipo”; según la versión más aceptada aseguró que “era un chico peculiarmente poco atractivo para besarlo”. Carson dirigió la atención hacia su víctima. ¿Era la razón por la que no lo había besado?, ¿por su fealdad?

Otro abogado de Queensberry, mientras tanto, había enviado al Director de Acusaciones Públicas copias de las declaraciones de los jóvenes que habían previsto convertir en testigos. A las 3:30 p.m., un inspector de Scotland Yard apareció ante el juez John Bridge para solicitar una orden de arresto contra Oscar Wilde. Bridge levantó la sesión durante hora y media, aparentemente para dar tiempo a Wilde de huir en el último tren hacia el continente. Wilde, no obstante, había caído en *un patético estado de indecisión*. Reunido con Douglas y su viejo amigo Robert Ross en el Cadogan Hotel, dudó entre quedarse o huir, hasta que dijo “El tren se ha ido, es demasiado tarde”. Cuando supo a través de un periodista que su orden de arresto se había publicado, se sentó en una silla para beber copa tras copa. El nombre de Wilde ya se había quitado de los anuncios del St. James donde *La importancia de llamarse Ernesto* aún estaba en cartel. Quizás en ese momento supo que el genio que antes había puesto en su vida, le serviría para escribir su obra maestra, la larga carta a Lord Alfred conocida como *De profundis*, y que su propia destrucción, al cabo de tres años, no tendría más destino que el Hôtel d’Alsace del Barrio Latino de París.■



Monumento a Oscar Wilde en Dublín